

TEUCHESSARIANO

F1232

.J29

c.1



1080122151

07147

75
21
IDEAS

NECESARIAS

A TODO PUEBLO AMERICANO

INDEPENDIENTE,

QUE QUIERA SER LIBRE.

—•••—
PUEBLA 1823.

Impresas en Filadelfia, y por su original en la oficina de D. Pedro de la Rosa, Impresor del Gobierno.

F1232

-I29

IDEAS

NECESARIAS

A TODO PUEBLO AMERICANO

INDEPENDIENTE

Nihil difficile volenti.



FONDO
Américo Arriaga Santoyo

3

PROLOGO.

Amados paisanos míos: no cabe en mi pecho el vivo gozo que experimento al saber que tremola ya el glorioso estandarte de la independencia sobre las risueñas márgenes del caudaloso Guayaquil. Permitidme que desde esta capital de Pensilvania os envíe mi mas expresiva parabien, acompañado de los ardientes votos que dirijo al cielo por la felicidad de mi patria. ¿Y en donde puedo encontrar recuerdos mas sublimes; lecciones mas heroicas, mas dignas de imitacion, y ejemplos mas análogos á nuestra actual situacion política, que en esta famosa Filadelfia? Sí, en esta misma ciudad, asilo de los oprimidos, centro de las luces, baluarte de la libertad, el genio de la independencia, venciendo las arraigadas preocupaciones y las ilusiones de la ignorancia, alzó el 4 de julio de 1776 su augusta voz, y con magestuoso acento tan fuerte como el trueno, y tan grato como la armonía del cielo, dijo al género humano reunido:

Tiémble la tiranía, húndase en los

4
abismos el monstruo feudal, desapare-
can los falsos y oscuros dogmas de la
legitimidad, á la brillante luz de las su-
blimes verdades que proclamamos:

„Todos los hombres han nacido igua-
les. Dios les ha concedido derechos im-
prescriptibles é inagenables, y estos son:
el derecho de vida, el derecho de libertad,
y el derecho de promover su felicidad.
Todos los gobiernos se han establecido
para asegurar estos derechos; los gober-
nantes no tienen por sí ningún poder,
ni gozan de mas autoridad que la que
buenamente les quieren conceder los go-
bernados. Siempre y cuando exista una
forma de gobierno destructora de estos
principios, tiene el pueblo el derecho de
alterarla, mudarla, abolirla y organizar
sus poderes políticos del modo que crea
mas conveniente para afianzar su segu-
ridad y conseguir su prosperidad.

„La prudencia, á la verdad, aconseja
no mudar por causas ligeras y transito-
rias, gobiernos establecidos y arraigados
por muchos años; porque los hombres es-
tán mas dispuestos á tolerar males sufrí-
bles, que á usar de su derecho, quitando
fueros y aboliendo leyes en que se han

5
envejecido y amoldado por la cos-
tumbre.

„Pero cuando una série de abusos y
usurpaciones siguiendo invariablemente el
mismo plan, tiene por objeto esclavizar
al pueblo y sujetarlo al despotismo ab-
soluta, entonces tiene el pueblo el justo
derecho de insurreccion; es ya su deber
destrozar semejante gobierno, y subs-
tituir otro que garantice su presente y
futura felicidad.

„Tal ha sido la paciencia y la to-
lerancia de la América, y tal es la ne-
cesidad que hoy la obliga á mudar su
gobierno.”

Este es, amados paisanos míos, el ver-
dadero decálogo político, si ha necesita-
do cerca de cuarenta siglos el sublime de-
cálogo moral para esparcir su divina luz
por el ámbito del orbe; ¿cuantos años no
necesitará aún este código de la razon
para ser entendido y adoptado de todos
los hombres? Pero desde su publicacion,
desde ahora 45 años, ¿qué progresos tan
rápidos han hecho estos principios, á pe-
sar de las trabas y obstáculos que han en-
contrado en el arraigado servilismo de la
degradada Europa! Diez años despues de

la memorable época de 1776, los franceses se conmovieron al noble aspecto de la soberanía popular, levantaron el grito contra la tiranía, y plantaron árboles de libertad, que hubieran prosperado en esa hermosa Francia como en América, si los hubieran cercado del patriotismo, de las virtudes y de la religion. Pero desgraciadamente esa misma revolucion francesa, que debió haber promovido, adelantado y fijado en el mundo la causa universal de la libertad, la ha atrasado por muchos años. De su seno salieron esos robustos apoyos de la tiranía, esos hipócritas Robespierres, esos ambiciosos San-Just, esos execrands Couthones, todos esos monstruos de la humanidad, que ensangrentando la estatua de la libertad, cubriéndola de indignas obscenidades, y rodeándola de atroces crímenes, la han hecho aborrecible á la mayoría de la especie humana, generalmente incauta y ciega; pero noble, generosa y honrada. Las almas virtuosas, pero no ilustradas con la antorcha de la filosofía, se estremecen todavia á la voz de libertad, que por falta de luces confunden con las palabras crimen é irreligion. Muchos europeos se

han arraigado en sus antiguas preocupaciones del servilismo; porque solo han fijado la vista en esos tigres revolucionarios, que salpicados de sangre allanaron el camino de la tiranía, estableciendo esas ridículas combinaciones políticas de Convencion y Directorio, que acabaron de destrozar la Francia, y la ataron al carro triunfal del despotismo de Bonaparte. Este hombre extraordinario, hijo, se puede decir, de la revolucion, pudo haberlo terminado gloriosamente, dando una constitucion liberal á la Francia; pero incapaz de imitar el inmortal ejemplo del gran Washington, se entregó al genio de la guerra, y solo aspiró á conquistar la Europa para esclavizarla. Su victoriosa tiranía estaba acompañada de tan brillantes cualidades, efectos de la misma revolucion, que al paso que deslumbraba á los franceses, excitaba el odio de sus enemigos, é inspiraba á las naciones generosas el noble deseo de combatirla.

En los famosos campos de Austerlitz, Yelau, Friedland, Bailen y Moscow, se volvieron á sembrar en Europa las perdidas semillas de la libertad. El rey de Prusia, los emperadores de Rusia y Aus-

tría, vencidos, derrotados, temerosos de perder sus tronos, se humillaron á apelar á sus pueblos oprimidos; hicieron con ellos causa común contra el nuevo é inaudito despotismo militar; y por la primera vez en los anales de la historia, los soberanos condujeron los pueblos á la lid á favor de la independencia y libertad.

Estas ideas tan gratas al hombre racional han ido poco á poco desarrollándose con el tiempo y preparando la actual época de sistemas constitucionales. Este es ahora el voto general de la Europa, y por mas que se empeñen en contrariarlo esos mismos impostores y viles tiranos que han reemplazado al gran Napoleón, triunfará la augusta causa de la libertad constitucional. No hay que dudarlo, la victoria es cierta, á pesar de la continua y diaria lucha que existe entre la ignorancia y el saber, la superstición y la religion, las tinieblas y la luz, la arbitrariedad y la ley, el capricho y la justicia. Las leyes constitucionales son las verdaderas bases de la augusta y respetable libertad: acostumbrados los pueblos del mundo al sistema representativo, darán pasos agigantados en la carrera de su feli-

cidad. Generalizada la instruccion pública por medio de las escuelas lancasterianas, y multiplicados los conocimientos elementales de las ciencias exactas, de la agricultura, del comercio y de la economía política, habrá verdadera ilustracion en las últimas clases de la sociedad. Dispuestos ya los hombres en general á hacer uso de su razon; interesados los mismos europeos en averiguar y censurar los gastos de sus gobiernos; deseosos de ahorrar en lo posible el fruto de sus afanes y duro trabajo, llegarán á comprender que es un absurdo que el pueblo viva de ayunos y privaciones, para dar una renta de 2, 3 ó 4 millones de duros á los pretendidos legítimos reyes constitucionales, como el de Francia, el de Inglaterra y el de España. Compararán los excesivos gastos de estas monarquías constitucionales con la admirable economía del gobierno americano; verán practicamente que para gobernar grandes naciones no se necesitan ni familias privilegiadas, ni coronas, ni cruces, ni títulos, ni plaga de cortesanos; que basta solo un gefe del poder ejecutivo, un presidente como el de los Esta-

dos-Unidos con 25.000 duros de renta. Comprenderán, en fin, que el gobierno mas perfecto es el americano, el único en donde el hombre goza de las mayores ventajas de la sociedad, con el menor gravámen posible; y como la especie humana tiene una natural tendencia hácia la perfeccion, llegará la época en que todos aspiren á mudar sus monarquías constitucionales en gobiernos americanos; como hoy están aspirando y mudando sus tronos despóticos en monarquías constitucionales.

Si esta es la verdadera marcha del siglo y del entendimiento humano, si la Europa va aligerando sus cadenas, y solo aspira á soltar la pesada carga de sus reyes, y á la adopcion del sistema económico del gobierno americano, ¿no sería el colmo de la estupidez que tratándose ahora entre nosotros de formar un buen gobierno, nos desentendiesemos de este admirable modelo, y nos obstinásemos en preferir las bárbaras, ridículas y mohosas instituciones de la apolillada Europa? ¿No sería un delito atroz, contra la patria, ahogar en la misma cuna de la independencia á la naciente liber-

dad, adoptando entre nosotros las góticas formas del realismo? ¿No mereceríamos ser el objeto de la execración universal, si atajásemos los progresos de la civilizacion humana, prefiriendo el falso brillo de una mezquina corona imperial, á las sublimes instituciones que ha dejado Franklin, Hancock, Hamilton y esa série de grandes hombres, cuya sabiduria admira y admirará siempre el mundo? Sí, amados paisanos míos, seremos justamente odiados y despreciados de las generaciones futuras, si no tenemos bastante virtud para sofocar nuestras pasiones, abolir la *empleo-mania*, y hacer á la patria el noble sacrificio de nuestros intereses y vida; si carecemos de la suficiente ilustracion para vencer y conquistar los obstáculos y trabas que opone el envejecido despotismo, el hábito arraigado del servilismo, y la práctica de la supersticion; si nos falta la competente habilidad para trasladar á nuestros climas, y hacer prosperar en nuestro suelo la delicada planta de la libertad, que solo se encuentra á la sombra de los laureles y cipreses que cubren la tumba del inmortal Washington. Pero ya me parece estar

oyendo al Egoísmo, que disfrazado con el título de conde, marques, obispo, canónigo ó regente, dice con tono de oráculo: que esas teorías son muy hermosas en el papel; que solo pueden hallar aplicacion en una nacion tan apática como la del Norte-América, preparada de antemano por la sábia Constitucion inglesa; que son totalmente impracticables en un pueblo esencialmente religioso como el nuestro, acostumbrado á las máximas del poder absoluto de Roma y de Madrid: que el mismo Solon dijo á los athenienses que no les daba las mejores leyes, sino las mas adecuadas á su carácter y circunstancias: que nuestra posicion política, nuestra poblacion eterogénea, y nuestra ignorancia no admite mas forma de gobierno que la monárquica, cuya excelencia está comprobada por la experiencia de los siglos, y por la felicidad de nuestros antepasados.

Inútil es refutar estos ridículos sofismas, de que se vale la astuta ambicion para engañar á los incautos; pues el problema está ya resuelto á favor del gobierno popular. Los defensores del poder monárquico han perdido su causa en

el tribunal de la razon, desde ahora cincuenta años que el génio de la independencia nos está señalando la Constitucion de los Estados-Unidos como la única esperanza de los pueblos oprimidos, como el único fanal que indica al hombre el rumbo de su felicidad. Este es el verdadero resultado de la ilustracion del siglo pasado. ¿Y cómo podia quedarse atrás la ciencia de la legislacion en medio de los portentosos progresos que han hecho todos los conocimientos humanos? ¿Cómo podian los falsos fundamentos de la monarquía dejar de vacilar al examen riguroso de ese admirable espíritu analítico del dia, que ha llegado á descomponer el ayre, el agua y la tierra, y á extender tan maravillosamente los límites de todas las ciencias? Convendremos que en aquellos remotos tiempos de crasa ignorancia, en que se titulaba doctor el que sabia deletrear, en la época aristotélica de los cuatro elementos de la naturaleza, cuando los hombres creian en brujas, y por caridad encendian las hogueras del Santo-Oficio, pudieron ser las monarquías de alguna utilidad. Era entonces menos gra-

voso al pueblo tener un amo con el nombre de rey, que estar expuesto á las vejaciones de una cuadrilla de salteadores, que con el título de condes y barones, se creían autorizados para cometer toda especie de crímenes. Era ciertamente menor mal sujetarse mas bien á un rey, que á los caprichos de una insolente y despótica nobleza. En aquellos siglos de error y de tinieblas fue la monarquía tan útil, como lo es la luna en la obscuridad de la noche; pero así como esta reina del cielo va perdiendo su esplendor y brillo á medida que va creciendo el crepúsculo de la mañana, hasta que envuelta en los fulgentes rayos del sol, se eclipsa y desaparece del firmamento, así las monarquías han ido decayendo á medida que la luz de la civilización ha ido adelantando al hombre en el conocimiento de su naturaleza física y moral. La antorcha de la filosofía, á manera del astro brillante del día, ha estado gradualmente disipando la negra y densa atmósfera que rodeaba á los tronos, hasta poner en clara luz los podridos cimientos en que se apoyan: solo déhen su frágil existencia al peso de la

costumbre, y al hábito envejecido del servilismo: se sostienen todavía, como esos antediluvianos árboles de las impenetrables selvas de nuestra América, que teniendo sus raíces desprendidas ya de la tierra, solo quedan adheridos ó pegados al suelo por el grave peso de su tronco, y el equilibrio de su añosa copa; dispuestos á caer al impulso del primer huracan que los empuje.

Sesenta años ha, cuando nuestros hermanos los valientes hijos del Easton levantaron el grito contra la tiranía británica, como nosotros lo hemos alzado ahora contra el despotismo peninsular, todos los sabios y patriotas se dedicaron á probar las fatales consecuencias del gobierno monárquico, y predispusieron al pueblo á rechazarlo de su suelo, admitiendo únicamente en su nuevo sistema político aquellas bases fundamentales que están de acuerdo con la razón de todos los siglos, y las luces de la sana filosofía. En escritos elocuentísimos manifestaron los vicios radicales de la Constitución inglesa; y probaron hasta la última evidencia que la monarquía británica, conocida por la ménos mala

en los anales de la historia, era sin embargo un monstruoso sistema de gobierno. El inglés Tomás Paine en su famosa obra del Sentido comun, contribuyó mas que nadie á arrancar el centro despótico de las manos del realismo: el intrépido americano lo rompió, y destrozó las cintas y demás insignias de la monarquía, para que nunca se volviera á restablecer en esta preciosa parte del globo, destinada por la naturaleza á ser la regeneradora de la libertad, la promotora de la virtud, y el asilo de la felicidad.

Como en las circunstancias en que nos hallamos puede esta obra ser de alguna utilidad, la publico con el único objeto de extender la esfera de las verdades que nos importa conocer, y que pueden contribuir á la formacion de un gobierno verdaderamente libre. Estas teorías que parecieron tan ilusorias, tan erróneas, y tan arriesgadas, cuando se publicaron, han recibido ya la sancion del tiempo, y han pasado por el crisol de medio siglo de experiencia. A su sombra ha prosperado el naciente pueblo americano, y ha dado pasos tan agigan-

en la carrera de la civilizacion, que solo ha necesitado de 45 años de tiempo para elevarse al primer rango de las naciones. Los prodigios de esta moderna combinacion política, y toda la magia del sistema de libertad aplicado al gobierno de los hombres, se halla perfectamente explicado en el discurso que acaba de pronunciar en Washington el ministro de Estado Mr. Juan Quiney y Adams, en celebracion del memorable 4 de julio de 1776, que sirve de época á la gloriosa independencia. Este discurso me ha parecido tan elegante, tan persuasivo, tan enérgico, tan político, y tan lleno de sabiduría, de moralidad y filosofía, que no he podido resistir al placer de traducirlo: no para hacerlos conocer las opiniones de los verdaderos sabios del mundo, que nunca habeis ignorado, sino para generalizar ideas que serán en lo sucesivo de la mayor trascendencia, y vulgarizar verdades mucho mas útiles de lo que parecen á primera vista. Al paso que el autor defiende con argumentos victoriosos la augusta causa de nuestra justa y santa

independencia, establece los principios de la libertad, los medios de conservarla, la facilidad de establecerla en América, y la dificultad de conseguirla en Europa. Casi todos sus raciocinios se pueden aplicar á nuestras circunstancias á pesar de los obstáculos de nuestra pretendida ignorancia, de nuestra variada poblacion, de nuestra aparente miseria, y de la serie de males que tanto abultan los enemigos de nuestra regeneracion. El autor reúne todos los requisitos que se pueden exigir, para ser citado como autoridad irrecusable: baste saber que es hijo del famoso presidente Adams, que es uno de los mas célebres doctores de la universidad de Cambrige, que ha sido un embajador admirado en Europa por su sagacidad diplomática, y que se ha elevado al rango de primer ministro de su nacion, por sus talentos superiores y eminente virtud; no puede por consiguiente la malevolencia ó la preocupacion recusar á este ilustre defensor de la libertad, alegando que sus opiniones no pueden inspirar confianza, pues es un plebeyo, un ignorante sin estudios, un irreligioso por moda, un jacobino por

ambicion, ó un intrigante pretendiente. Es todo lo contrario, es un verdadero sabio, un virtuoso é ilustre patriota, que en el capitolio de Washington, digno templo de la independencia, tributa á la sublime libertad un homenaje mas puro, mas noble y desinteresado que el que pudiera rendirle Ciceron en el capitolio de Roma, ó Demósthènes en el parthenon de Athénas.

Amados paisanos míos, creeria faltar al deber de un verdadero patriota, si dejara de insertar la famosa declaracion de la independencia americana. Seria tambien una omision, si viviendo en estos países, en donde no hay ni palacios, ni músicas militares, ni tropas, ni signo exterior de poder, y en donde sin embargo se goza de una perfecta paz, y se observa un orden tan invisible y un gobierno tan admirable como el del cielo; si dejara, digo, de exhortaros á imitar en lo posible tan excelente constitucion. Si deseais verla, podreis satisfacer vuestra curiosidad, leyéndola al fin de esta obra.

La provincia de Guayaquil por su situacion geográfica, por la feracidad de su suelo, por la riqueza de sus produc-

ciones, por la actividad de su industria, por la variedad de sus maderas, y por la abundancia de sus aguas, y facilidad de transportes y conducciones, está destinada por la naturaleza á ser el centro mercantil de la costa occidental de la América. Sus puertos, principalmente el de la capital, ofrecen abrigo cómodo y seguro á toda clase de barcos, hasta fragatas de guerra, teniendo la ventaja de poseer el mejor astillero del mar pacífico. Sus verdaderas minas están en el cultivo de la tierra, y en el fomento del comercio; pero como éste no prospera sino á la sombra de la libertad política, ninguna parte del globo reclama mas imperiosamente que la nuestra, la imitación del espíritu liberal de los Estados-Unidos. El espíritu mercantil es enemigo de privilegios, de monopolios, de compañías reales, y de realismo. El comercio es el compañero inseparable de la libertad y de la riqueza nacional; solo puede existir bajo los auspicios de los gobiernos liberales, como lo comprueba la historia mercantil de la Holanda, de las ciudades Anseáticas, de los Estados-Unidos, de la Inglaterra, y

de las repúblicas de Génova y Venecia. La libertad no existe tampoco sin la tolerancia, sin aquella natural inclinación á perdonar las flaquezas de nuestro prójimo, sin aquella necesaria indulgencia para vivir y tratar con individuos de opiniones diferentes y aun opuestas á las nuestras. ¿No sería una injusticia indigna de hombres independientes el intentar perseguir y desterrar de nuestro suelo á los españoles, por la única razon de haber nacido en la península? ¿Qué culpa tienen estos desgraciados de que el gobierno haya sido cruel, opresor, despótico y tirano? ¿Por ventura lo han tenido mejor en la península? ¿No han sido tambien ellos víctimas del favoritismo, de unos reyes imbéciles, de una corte prostituida, y de una sanguinaria inquisición? ¿Qué crimen, pues, han cometido para merecer nuestro odio, y ser objeto de nuestra persecución? ¿Es porque son opuestos á la causa de nuestra independencia? Es muy natural que lo sean, como lo somos nosotros á todo gobierno español. Este sentimiento tan contrario á nuestros intereses, lejos de degradarlos les hace honor, pues está

fundado en la misma naturaleza, que liga aun sus simpatías al país de su nacimiento, y no pueden sin dolor ver menguar los recursos de su patria, así como nosotros no podríamos sin la mas acerva pena ver malogradas nuestras futuras esperanzas de independencia, gloria y libertad. Meditad bien, paisanos míos, lo que dice Mr. Quincy Adams sobre las simpatías, y hallareis suficientes razones para ser indulgentes con los peninsulares, para considerarlos como amigos de la paz, enemigos en la guerra. Abracémos como á hermanos á aquellos que siendo casados y arraigados en nuestro suelo, hayan reconocido nuestra independencia, y fieles á sus promesas, observen exactamente nuestras leyes. Ofrezcamos libertad, seguridad y proteccion á todos los que quieran gozar de las ventajas de nuestro nuevo sistema. Nuestro magnánimo genio de independencia debe convidar con la oliva de la paz á todos los habitantes de la antigua Ibera, al paso que desenvainando el vengador acero debe jurar odio eterno á toda dependencia de la antigua España, persecucion atroz á los

agentes de la tiranía ultramarina, y guerra á muerte, á sangre y fuego á todo despotismo peninsular, europeo ó americano.

Habré logrado mi objeto, si esta pequeña obra, que no tiene ningun mérito como produccion literaria, contribuye á generalizar entre nosotros el espíritu de libertad y tolerancia, que resulta de las sabias opiniones de los héroes y grandes hombres del Norte-América. Sigámos sus huellas, y pronto fijarémós entre nosotros la paz, la abundancia, la industria, las ciencias y las artes. Que yo os vea, ¡oh márgenes risueñas del unduoso Guayaquil! gozando de una parte siquiera de todos estos bienes, que es debe ofrecer el sublime sistema de libertad política y tolerancia evangélica; y ciérrense enhorabuena para siempre mis ojos: mis votos se habrán cumplido, será feliz mi patria.

Vicente Rocafuerte.